

EPÍLOGO

Se ha debido sentir varias veces, según la relación de las extravagancias y horrores que acompañaron á los descubrimientos, el que aquellos nuevos países no hubiesen permanecido desconocidos, ya que debían á la vez sufrir y causar tantos males. Esta fué la opinión de muchas personas, tanto en el mismo siglo que fué testigo de ellos, cuando todos los desastres que resultaban se atribuían á aquel descubrimiento que había comenzado en viernes; como en el anterior al nuestro, cuando se querían remediar los desórdenes reales de la sociedad, exagerándolos hasta el punto de sostener que todos los males de la humanidad proceden de la civilización, y que viviría feliz si hubiera permanecido en el estado de naturaleza.

No faltaban, en efecto, los argumentos, para demostrar los funestos resultados del descubrimiento. Confiado á la hez de la plebe de Europa, á aventureros, malhechores y reclutas mercenarios; proseguido con insaciable avaricia, debió producir asesinatos é infamias. Felices poblaciones en su ignorancia fueron arrancadas á su religión y á su familia para ser avasalladas al capricho del europeo; fueron degolladas, ó precisadas á sufrir trabajos escesivos que eran para ellas un suplicio, aceptar dogmas superiores á su débil inteligencia y que se les imponía con intolerancia sanguinaria. Todo lo invadió después la avaricia, sin asegurar la posesión de nada. Cuanto más oro se posee más se aumentan las necesidades; el bienestar disminuye á medida que el lujo crece, la moral se corrompe, y procurándose nuevos goces, la salud se altera y desaparece.

Vino después el sistema absurdo de las nuevas colonias. Las antiguas eran el punto á donde iba á parar el escedente de la población, ó recompensas militares; el que se establecía allí no participaba de ninguno de los derechos políticos de la me-

trópoli. Fueron en la Edad Media un camino para el trabajo libre. Las nuevas colonias repudiaron este progreso, y volvieron á la antigua servidumbre personal, al sistema que sacrifica las colonias á la metrópoli, sin otro objeto que retribuir á los trabajadores lo menos posible, vender más caro que de derecho, y comprar al menor precio posible los artículos de comercio que producen. El que se acostumbra á una idea escepcional, no tarda en aplicarla de una manera general, por absurda é inmoral que sea. Las colonias fueron de este modo un campo de avaricia, injusticia y tiranía, no sólo para el Nuevo Mundo, sino también para el antiguo, poniendo trabas al comercio, y haciéndose depender sus leyes y reglamentos del interés solamente y de la conveniencia de la metrópoli. Una vez fija la atención en las Molucas y en las Antillas, que eran las primeras dotadas por un privilegio natural de ciertos productos, y las demás, depositarias del Asia y del Africa, que extranjeros cultivaban en su territorio, las metrópolis no pensaron más que en poner trabas al comercio para convertirlo en un medio de lucro y de goces; egoísmo que impidió el acrecentamiento de las mismas colonias, y produjo la necesidad de la esclavitud. Avasallados entonces los indígenas á inhumanos conquistadores, á avaros mercaderes é intolerantes apóstoles, que hacían pesar sobre ellos una servidumbre implacable, ó perecían, ó huían; de tal modo, que fué preciso reemplazarlos por los negros.

Gentes distantes de su patria, sustraídos al freno que impone la vista de los parientes, la cercanía de los lugares donde se ha pasado su infancia, la voz de aquellos que los han educado, se entregan con facilidad á excesos, y sobre todo en puntos donde abundan las ocasiones de pecar. Los diferentes pueblos que habían acudido al Archipiélago de las Antillas y del océano Pacífico, no pudieron

menos de tener frecuentes choques, de los que nacieron guerras que complicaron la política; ya no hubo paz entre las naciones comerciantes, sólo armisticios momentáneos, durante los cuales las metrópolis se observaban con envidia, confundiendo los intereses mercantiles con los del Estado.

¿No hubiera sido mejor que los barcos que llevaban á Cristóbal Colon y á Bartolomé Díaz, hubiesen perecido en la travesía para eterno espanto del que de nuevo concibiera la idea de ir á turbar el reposo de un mundo desconocido ó separado del antiguo continente?

Se profesará, no obstante, diferente opinión si se consideran los hechos bajo otro punto de vista. Separemos primero la idea tradicional de la felicidad de los salvajes, porque en realidad no se encuentra en ellos ni escenas de idilios, ni la poética inocencia de la naturaleza, ni la sencillez patriarcal; sino, por el contrario, el derecho feroz del más fuerte, la esclavitud de la mujer, la opresión de los débiles, la avaricia, la imprevisión, el infanticidio, á veces la antropofagia, siempre una superstición grosera, llena de terrores y repugnante por la sangre.

Nadie de seguro emprenderá defender los procedimientos de los europeos; pero quisiéramos que se hiciese diferencia entre el descubrimiento y la conquista, y que no se crea que la una debió ir necesariamente acompañada de la otra. Si no hubiera sido por la locura del oro, no se habrían precipitado á América los europeos, que tierras bastantes tenían, por cierto, en su patria. La intolerancia filosófica y religiosa que hemos visto ensangrentar á la Europa, desde fines del siglo xv hasta mediados del xvii, inspiraba también á los conquistadores de las dos Indias, y les persuadía que aquellos salvajes idólatras eran de una raza inferior á la nuestra; que su territorio, y hasta su persona no les pertenecía; que conducirlos al cristianismo, por cualquier medio que fuese, era una obra meritoria. No era una intolerancia pura en su origen, como lo son por lo común los sentimientos exaltados: mezclábase á ella el borron de los intereses materiales y de los vicios sociales; se unía además en los hombres poderosos á una avaricia insaciable, resultado de las necesidades creadas por esta nueva política perturbadora, que, en el antiguo mundo impulsaba también á una nación contra otra, con el único objeto de despojarla de sus derechos y de sus riquezas. Debe, pues, achacarse menos á la dureza del carácter español que á los frios cálculos de una ambición avara, á una prudencia cavilosa, y á los rigores que se creyó también justificar en otras partes, prestando la necesidad de consolidar el edificio social.

¿Qué generación está bajo este punto de vista al abrigo de todo cargo? No es ciertamente la nuestra, jactanciosa propaladora de doctrinas y de ideas de humanidad. Las poblaciones originarias de América han sufrido demasiado; pero que se comparen las que aun no han sido sometidas con

las que la Europa domina hace tres siglos. La población del territorio no estaba en relación con su extensión; y en los países de América situados frente al Asia, donde la civilización indígena hubiera podido desarrollarse hacia tiempo, no se veían más que tribus esparcidas de cazadores, de tal suerte, que pudieran establecerse allí colonias más considerables que las que nunca existieron en Asia y Africa, y prosperaron por la feracidad de la tierra para los cereales de Europa. Franklin, Washington y Bolívar han nacido en los lugares donde andaban errantes los antropófagos; Fulton dió movimiento á los primeros vapores en las mismas costas donde no se sabía construir una tosca canoa. Al cazador desnudo suceden pueblos agrícolas, el comercio á la rapiña, el ejemplo de instituciones filantrópicas á la fuerza bruta. La Europa ha llegado, como un maestro que se ve adelantado por su discípulo, á admirar la libertad establecida en el Misisipi y en el Orinoco: ve á la república anglo-americana cuadruplicar su población en medio siglo, y reunir por canales y caminos de hierro, ríos que facilitan las comunicaciones entre tribus invenciblemente separadas hasta entonces por enormes distancias. Nueva-York cuenta más escuelas que niños. Academias de bellas artes y medicina se abren en Filadelfia y Boston; fundanse universidades por todas partes; y, lo que es aun más importante, se ven surgir en todos puntos sociedades agrícolas y filantrópicas, bancos y otras instituciones, que tienen por objeto satisfacer la inmensa necesidad de obrar, de instruirse y de perfeccionarse.

Semejantes hechos nos parecen superiores á todos los sofismas de los filántropos, más propios para hacer apreciar en su valor real el descubrimiento del Nuevo Mundo, que aseguró á la raza europea la superioridad sobre todas las demás.

Puede oponerse á los males incontestables, procedentes de las colonias, muchos resultados útiles, tales como los progresos de la geografía y etnografía, como también los adelantos en la navegación. El comercio antiguo se hacía enteramente por tierra; el mar no le servía sino de medio accesorio para reunir los lugares que separaba; y no se pueden atribuir los progresos de la navegación á los del comercio. Era activo en el Mediterráneo; pero solo como extensión ó como salida del comercio continental, y como transporte de las mercancías de un lugar á otro. La vuelta de Africa no hubiera bastado para producir el cambio operado por los nuevos descubrimientos, y el comercio de las Indias hubiera aun continuado mucho tiempo bajo la forma de cabotaje.

El descubrimiento de la América fué el único que hizo sólo posible el comercio en grande, y cambió el camino de Oriente á Europa, camino que, con variaciones parciales, había quedado el mismo desde el establecimiento de las sociedades. Aun cuando el cabo de Buena Esperanza no hubiese sido doblado, el descubrimiento de Colon

debía producir semejante cambio; porque no se podía llegar al Nuevo Mundo á lo largo de las costas, ni navegando de isla en isla: pertenece, pues, al ilustre genovés el honor de haber transformado el tráfico de tierra en comercio marítimo. Los puertos del Mediterráneo se empobrecieron cuando la Europa occidental abrió los suyos á las dos Indias, y el Océano fué el gran camino de las comunicaciones generales. A principios del siglo xvii, la Europa contaba veinte y dos mil barcos de transporte, de los que once mil cuatrocientos pertenecían á la Holanda, dos mil trescientos á Inglaterra, mil trescientos á la Francia, y seis mil repartidos entre la España, la Italia, la Dinamarca y la Suecia. Todo el mundo puede ver cuánto se ha aumentado después el número.

Desde entonces los goces han sido mayores en Europa, como también los medios de satisfacer las necesidades de todas clases. En el día, sin ser opulento, puede uno recrearse en salones adornados con telas de Damasco, pisar alfombras de Persia, vestirse con los trajes tejidos en la India, saborear en porcelana del Japon el té de la China, el café de Moka y de la Martinica, endulzado con el azúcar de Siam; aspirar á su gusto el tabaco de Virginia ó de la Habana, sazonar sus alimentos con las especias de las Molucas, adornar su jardín con los árboles y plantas del Cabo y de la Nueva Holanda. Por otra parte, el algodón, el maíz, la patata, han venido en ayuda de las necesidades del pobre, y puede decirse que éste se halla hoy al abrigo de las terribles hambres que en otras épocas padeciera.

Los derechos establecidos sobre los géneros extranjeros, enriquecieron la renta de los gobiernos, en una época en que la trasformación de los ejércitos, y la centralización de la administración exigiendo nuevos gastos les hacía conocer la necesidad de nuevas rentas. Las manufacturas de Europa tomaron un vuelo desconocido, para proporcionar trajes y utensilios de toda especie á tantas poblaciones, que hacía poco tiempo estaban desnudas, como para rivalizar con el lujo de Oriente: tuvieron por otra parte que aprovechar las primeras materias, que ya fuesen porque eran nuevas ó por más abundantes, hacía que el pueblo aspirase también á comodidades ó embellecimientos, reservados anteriormente á sólo los grandes señores.

La fundación de los cafés, que se convirtieron en puntos de cita, donde se reunían para hablar de negocios y política, sin encontrar en ellos los peligros é inobles inconvenientes de las tabernas, fué, sin contradicción, en ventaja de la urbanidad. Por otra parte, el poder de la inteligencia se aumentó, cuando vió dobladas delante de sí las obras de la creación; cuando se le abrió la entrada de pueblos, aun por explorar, cuando tantos errores y antiguas preocupaciones fueron desmentidas, y reveladas tantas verdades; porque entonces se encontró necesariamente roto el círculo estrecho en que la razón permanecía aprisionada por la autoridad, y

pudo, por el contrario, lanzarse al vasto campo de la experiencia.

Entonces fué necesario pesar con escrupulosa exactitud los fenómenos nuevos, que hicieron después comprobar los antiguos. Se quiso conocer las circunstancias y las causas de cada cosa; ejercicio lógico que hizo perder la costumbre de jurar por la palabra del maestro. Entonces, relaciones inesperadas produjeron combinaciones científicas, y todo lo que antes se llamaba monstruosidades y accidentes, entró en las clases amplificadas. De esta manera pudieron completarse las ciencias, y crearse otras nuevas. Estendida la geografía física por todos los climas y todas las alturas, despidió sus primeros rayos; la historia pudo aspirar á hacerse universal; la arqueología salió de los carriles clásicos, y nacieron la geología y la etnografía. Tantos objetos nuevos que se ofrecían á la reflexión en tiempos en que la inteligencia había creído posible renovar por la mejora de las formas, hicieron que se pasase de la penuria de las ideas á una inesperada abundancia. Las opiniones, las leyes, las costumbres y la política fueron modificadas por estas nociones, que nacidas de un contacto más íntimo, más estenso en el mundo material, proporcionan al pensamiento un alimento continuo.

Este progreso de la educación particular desarrolló inmensamente la educación general, y desde aquel momento comenzó una nueva vida de inteligencia, de sentimiento, de esperanza, de tentativas y de ilusiones. Surgían nuevas industrias, las antiguas sufrieron reformas. Enriquecense, fortaleciéndose el espíritu humano: el que se encontraba arraigado en la sociedad antigua, refugiábase ahora al Nuevo-Mundo. La razón adquirió, ilustrándose, aun mayor atrevimiento; de tal manera, que un descubrimiento puramente material produjo un cambio moral, inmenso, indefectible, eterno.

Si la especie humana debió sentirse humillada viendo hasta qué grado de barbarie puede bajar, y á qué monstruosidades fué impulsada por la sed del oro, también pudo enorgullecerse viendo al hombre afrontar en un frágil barco tempestades desconocidas, y convertir en instrumento para la propagación de la cultura aquel elemento mismo que parecía destinado á impedirlo. Es cierto que el poder del hombre para luchar contra la naturaleza, se manifestó más que en ninguna parte, en los viajes en que, pasando alternativamente de los ardores de la línea á los hielos del polo, se esponen á peligros desconocidos, para destrozar el velo que cubre los misterios de nuestro planeta. Pero al mismo tiempo puede observarse cómo pesa sobre él en ocasiones tales aquella influencia superior que solemos llamar fortuna, y como una mala embarcación, un aventurero insensato, un naufrago infeliz lleva á cabo importantes descubrimientos, mientras que la expedición mejor acondicionada y más provista va á hacerse pedazos contra una roca.

Dirigiéndose esta coincidencia de aventuras fortuitas á un gran fin, sin que no obstante nada se hubiese combinado, se encontró en los primeros descubrimientos, de tal manera, que se sucedieron no sólo con rapidez, sino también con maravillosa oportunidad. Apoderándose los turcos de Constantinopla, habían amenazado á la Europa con una nueva invasión; y cuando Selim destruyó la dominación de los mamelucos en Egipto, pudo hacerse árbitro del comercio, señor como era de todos los caminos de la India. Ahora bien, ni á él ni á Soliman les faltó inteligencia para comprender la importancia de aquel manantial de riqueza, ni ambición para conservarle; Soliman hizo hasta un código de comercio, y envió flotas al mar Rojo para arrojar de él á los portugueses tan luego como se presentasen. Abriendo, pues, los portugueses un nuevo camino por el cabo de Buena Esperanza, pusieron trabas al incalculable acrecentamiento del poder musulmán, é impidieron á la Europa sufrir la preponderancia comercial de los turcos, cuyo poder guerrero tenía ya que temer.

Una vez conocido este nuevo paso, todo el dinero de Europa hubiera pasado á otros países remotos que no tienen ninguna necesidad del nuestro, lo que le hubiera agotado entre nosotros, y por consecuencia anonadado el comercio. Pero ved que de repente se ofrece la América con sus minas de oro, que pronto es conocida en toda su extensión, como para probar que la fortuna no abandona á las naciones perseverantes, y favorece á los que se aventuran. No conociendo la España más que el provecho inmediato que había que sacar, destruye á los naturales, tiraniza á los colonos, hace pesar sobre ellos y sobre los europeos medidas absurdas, con el objeto de detener el oro en su casa; pero por el contrario, se escapa de sus ensangrentadas manos, y esto sin volver, para pasar como precio de los géneros de la India, ó de los objetos manufacturados de Europa, á las industriosas manos de los portugueses, de los franceses, de los holandeses y de los ingleses; y de esta manera es como la orgullosa indiferencia de los españoles fomenta la industria de toda la Europa.

Los portugueses encontraban países cultivados y comerciantes; los españoles poblaciones bárbaras y desnudas, sin agricultura ni comercio, sin hierro ni animales domésticos. Los primeros sacaron en consecuencia ventajas inmediatas de sus descubrimientos, los segundos sólo cuando se dedicaron á explotar las minas del Potosí y de Méjico. Bastó á los portugueses procurarse puertos, puntos de escala y factorías, sin tener necesidad de colonias, agricultura y esclavos, dejando á los naturales el cuidado de procurarse los géneros que transportaban. Por el contrario, los españoles, se vieron obligados á formar colonias, á utilizar con la industria las riquezas naturales del Nuevo Mundo, y á adquirirlas en cambio de los productos fabricados en Europa, manera también con que contribuyó la América más que con los viajes á la

India, á dar impulso á las manufacturas del antiguo mundo.

Por otra parte, ¿cuántos motivos de reflexión! La América fué descubierta por un italiano, y es la ruina de la Italia. Fué conquistada por los españoles, y su empobrecimiento es la consecuencia. Los italianos que tuvieron tanta parte en las primeras expediciones, no se presentan ya después, porque el nombre de Italia se borró de la lista de las naciones. Los mismos españoles cesan pronto de cooperar á ellas; y un mundo que el dedo pontificio había dividido entre la España y Portugal se pierde para estas dos potencias, al paso que pueblos desheredados en esta partición, llegan á ser los nuevos poseedores.

Una costosa experiencia ha demostrado el vicio de los medios con cuya ayuda se pretendía avivar el comercio y hacer prosperar las colonias, concediendo privilegios á algunos con detrimento de los demás, poniendo obstáculos á la misma naturaleza en los dones que prodiga más generosamente. A medida que se aumentaron los rigores que se usaban para la conservación del monopolio, el contrabando redobló en actividad y audacia para eludirlos. En fin, las colonias probaron, emancipándose, que el territorio colonial puede ser cultivado por manos libres, con tal que no se ponga traba á la venta de sus productos.

Los intereses de una compañía son por necesidad diametralmente opuestos á los de la colonia, y como aquella puede dictarle leyes é imponerle condiciones, resulta que trata de arruinarla en beneficio suyo, y lo proseguirá con aquella ambición que si admite el freno de la caridad en un individuo aislado, no tiene correctivo alguno en las asociaciones. Esto es lo que se observó en todas partes, en que el comercio fué el privilegio de una sociedad; y como los que cometen errores comerciales concluyen por sufrir ellos mismos la pena, se vieron languidecer todas las compañías después de un momento de prosperidad, y quebrar al cabo de cierto tiempo. Aun aquella que se ha señalado entre todas hasta el punto de dominar un imperio más vasto que el de la antigua Roma, se vió precisada á hacer presente sus males para implorar urgentes remedios. Ha conseguido, de todos modos, resolver un problema que los siglos habían dejado sin solución. Antes y después del descubrimiento del Cabo, la India había sido constantemente el pozo donde iba á sepultarse todo el oro del mundo: allí era donde se encontraba el que los españoles sacaban de la América: los barcos holandeses, ingleses y portugueses, llevaban mercancías indias á la península gangética, al Pegu, á Siam, á Ceilan, á Achem, á Macasar, á las Maldivias, á Mozambique y á todas las partes de aquel mar, y llevaban dinero á la península; allí refluía también el que los holandeses sacaban del Japon. Aunque la India tuviese necesidad de clavo, cobre y nuez moscada, que recibía por mediación de los holandeses, estaño de la Inglaterra, caballos de

Persia y de la Arabia, almizcle y vasos de la China, frutas de Cabul, perlas de Bahrein, cambiaba todos estos productos por los de su suelo.

Las cosas han cambiado después de la conquista de los ingleses, y sobre todo desde que el hombre tuvo el vapor á su servicio, enviamos al Oriente no solo dinero, sino tambien nuestras manufacturas y los mismos finisimos tejidos que pedíamos un tiempo á la India y á la China. Antes de esto, sin embargo, los ingleses sacaban continuamente dinero de la India, obligando al indigena á comprarles el alimento; porque, como ya dijimos, dedicaron los campos todos al cultivo de la adormidera, que los suministra las soporíferas gotas con que envenenan la China, de la cual extraen el té que produce nueva riqueza á la Inglaterra.

¿A qué fin tan desenfadada tiranía? Para que el comercio inglés permaneciese encadenado en empresas que la industria privada habia hecho más productivas, y para que la nacion pagase á mayor precio las mercancías procedentes de la India y de la China. Con efecto, apenas se abolió el monopolio en 1814, cuando vimos aquellos mares cubiertos de especuladores que todo lo emprendian. Aumentáronse la actividad y los beneficios, el consumo fué mayor, la importacion de tejidos ingleses se hizo cincuenta veces más considerable, y todo esto evitando al Estado los enormes gastos que le costaba el sosten del monopolio (1).

Sabemos los motivos que se alegan en favor de las colonias: el ejercicio que por su medio se proporciona á la marina; el respeto que adquiere el pabellon de las naciones que las poseen; en fin, la gloria. Pero el Asia no es en el dia lo que era en tiempo de Vasco de Gama y Alburquerque; ya no es de temer que la media luna eclipse el esplendor europeo. La América no piensa ciertamente en conquistar á la Europa: trata más bien de consolidar su emancipacion, y proporcionarnos ejemplos de libertad, como única venganza por los golpes que les han dado nuestros padres.

Sin embargo, los presupuestos de todos los Estados manifiestan cuán onerosas son las colonias: así es que la Martinica y la Guadalupe tienen con respecto á la Francia una deuda de 130 millones, al paso que el valor total de todas sus propiedades inmuebles no se estima más que en 300 millones. No se hace, pues, con las colonias, más que restringir el número de los consumidores y vendedores. La legislación se encuentra precisada á medidas absurdas para sostener un orden de cosas que repugna á la naturaleza. Además, la moral clama contra la esclavitud, inevitable en este sistema, si

(1) El descubrimiento del *guano*, abono animal, dió por un momento gran importancia á Ischaboe, y á otras islas en el cabo de Buena Esperanza. Esportaron en poco tiempo de la primera, más de quinientas mil toneladas de esta sustancia. En 1875 Inglaterra ha esportado del Perú guano por valor de 26.000.000 de pesetas.

es verdad que la emancipacion de los negros produciria su destruccion. Las colonias septentrionales han podido emanciparse porque son agrícolas, y en su consecuencia convertirse en una nacion indigena, sin depender más que de sí misma; pero de otra manera acontece en las Indias y en las posesiones de España y Portugal. Acontecimientos extraordinarios como la revolucion francesa y las guerras de España, han podido crear una república de negros en Haiti, y constituciones en la Colombia; pero por lo demás nada hace entrar á las colonias naturalmente en el camino de la emancipacion, si los europeos no se deciden á abandonarlas para ir en busca de los mismos productos á países más cercanos.

Ahora bien, la simple reflexion práctica hace que uno se pregunte por qué se van á hacer en aquellas remotas islas plantaciones que prosperaban en Sicilia, en España, y sobre todo en las costas de Africa, donde crecen espontáneamente el algodón, la caña de azúcar, el café, y donde son casi indigenas los negros que se trasladan con tantos gastos á América. Además la ciencia inquiriere á su vez por qué vamos á buscar el azúcar á la Guadalupe y á la Habana, cuando podian pedirse en nuestros suelos al maíz y á la remolacha.

Sabemos las contestaciones que se dan á estas preguntas; pero lejos de ser decisivas, no son más que razones de conveniencia que no deben tener fuerza alguna para el porvenir. Otras adquisiciones, otras glorias se buscarán entonces en los descubrimientos, y la propagacion de la cultura, y la libre comunicacion de los productos, y la mútua satisfaccion de las necesidades y de los placeres, y la intimidad entre los hombres de apartados climas para que cumplan de acuerdo su destino, serán los resultados que se buscarán y obtendrán por aquéllos.

Nada más notable, cuando la civilizacion ha procedido de Oriente á Occidente, que su constante tendencia á volver á su origen, y la idea con que se preocuparon todos los imperios en su mayor prosperidad, de asegurarse lugares que dan paso hácia el Asia. Alejandro fundaba su ciudad en el punto en que el istmo de Suez separa del Mediterráneo los mares que conducian á las estremidades de Oriente; Constantino elegia en el Bósforo el punto de su nueva capital, que debian disputarse después los cruzados, los mongoles, los turcos y los rusos. Los califas trasladaron desde su península nativa á Bagdad y á Basora las sedes de su poder y el gran mercado de su comercio; los francos se esforzaron en plantar la cruz en Palestina y en las costas de Siria; Colon y Vasco de Gama caminaban por opuestos caminos en busca de los mismos países. Y es para encontrar un camino más corto, por lo que los hombres se obstinan aun contra los eternos hielos del polo Artico. Aun vemos en el dia á la Inglaterra y á la Rusia, únicas potencias conquistadoras de nuestra época, estenderse continuamente hácia Oriente, la una

por el Cáucaso, la otra por la India, al paso que dirigen una mirada de envidia al istmo de Suez y al Bósforo. La Inglaterra reina tiránicamente en los países de la India, donde la antigua civilizacion añadia dificultades para penetrar en ellos, y posee en el inmenso espacio que se estiende desde el Indo hasta Bramaputra y desde el mar de la India á las montañas del Tibet 190 millones de súbditos, y 48 millones de vasallos y tributarios. La Rusia ocupa la vertiente septentrional hasta el Kamschatka y casi todo el Turkestan, y avasallando las tribus errantes, que hace entrar en la vida agrícola, se prepara á arrojar sobre la China las hordas que la conquistaron en otro tiempo, pero después de haberla civilizado. Entre tanto la muralla del celeste imperio es violada por los contrabandistas; penetran en los puertos desafiando sus leyes, y una expedicion de algunos millares de ingleses acaba de atacar un imperio de 350 millones de hombres. Ahora bien, con tanta rapidez caminan los acontecimientos, que la paz de Nankin (Agosto, 1842) ha abierto á la Europa cinco puertos del imperio, de donde proseguirá su triunfante carrera satisfaciendo la inestinguible sed de movimiento, y el deseo de lo infinito de que está atormentada. Tal vez la isla de Hong-Kong, cedida momentáneamente á los ingleses, está destinada á ejercer otro Gibraltar, cuyos cañones darán la ley al río de Canton.

El Japon, tanto tiempo inaccesible ha roto sus barreras en 1867, y tales son los rápidos progresos que ha hecho en la civilizacion moderna que se puede prever el importante papel que está llamado á ejercer próximamente en el extremo Oriente.

La América ve ya con impaciencia el estrecho istmo de Panamá alargar varios centenares de leguas el camino que hay de uno á otro de los mares que bañan sus costas; y las naciones europeas se apresuran á ocupar puntos favorables para el momento en que las Antillas estén á poca distancia de las Marquesas. Entretanto los vapores remontan el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Niger; comunicaciones regulares están establecidas entre la Inglaterra, la América del Norte y las estremidades de la India. El camino del cabo de Buena Esperanza no es el único que conduce á Oriente desde que el istmo de Suez ha sido abierto (1867), el cual ofrece un camino más corto y más directo á los buques de todas las naciones. ¿Quién sabe si entonces Venecia no volverá en sí, y que destino está reservado á la Sicilia y á toda la Italia en aquel Mediterráneo, que volveria á ser el puerto de la Europa?

En otro tiempo, era mucho, segun parece, que los correos recorriesen diez y seis millas métricas cada hora: en el dia hombres y mercancías andan más de sesenta millas. Se remontan ochocientas y novecientas leguas por los rios más rápidos para fundar Estados en los países que parecen destinados á permanecer eternamente separados de los que están civilizados. ¿Quién puede decir lo que

sucedirá cuando los caminos de hierro surquen todo nuestro continente?

¡Valor, pues! porque los descubrimientos son un deber sagrado, puesto que tienden á procurar á las necesidades una satisfaccion más completa, á estender la dominacion del hombre á las regiones aun incultas de la creacion terrestre, á poblar el mundo con una raza más numerosa y siempre menos imperfecta, á formar familias regulares y amigas en países que hasta entonces no habian conocido más que el desorden y las enemistades, á acercar á los hombres y las naciones á fin de que puedan domar la naturaleza y explotarla unidos.

La civilizacion debe aun mejorar mucho sus medios de progreso. En la época de Colon, los descubrimientos tuvieron por móvil el entusiasmo, carácter dominante de aquella época; en el dia todo es cálculo. Entonce se pretendia convertir por fuerza; en el dia la Inglaterra lleva la tolerancia en sus posesiones de la India, hasta permitir que las viudas continúen quemándose á centenares todos los años en las hogueras de sus maridos. Entonces tambien el hombre de bien se entregaba á enormes crueldades, en la orgullosa persuasion de que era de una naturaleza superior; en el dia los más perversos se abstienen de cometerlas, por respeto á la opinion, que ha encontrado en la libertad de la prensa un órgano tan temible á toda iniquidad. En el dia los descubrimientos tienen por objeto el interés científico ó filantrópico. Los antiguos alabaron á aquel rey de Sicilia que impuso por única condicion á los cartagineses vencidos, cesar en los sacrificios humanos; pero no se hace en la actualidad un tratado con los negros del interior de Africa, como tambien con los príncipes europeos, sin estipular la abolicion de un infame tráfico, para cuya supresion hasta los abusos parecen escusables. Es necesario en la actualidad obrar sobre los colonos con la persuasion, el ejemplo, la influencia de una civilizacion superior. Es preciso respetar la individualidad de los pueblos, y persuadirse de que llega un tiempo en que el hijo debe emanciparse y en el que no tiene que prestar á su padre la ayuda de un brazo esclavo, sino el libre concurso de la inteligencia.

No han faltado las pruebas para demostrar cuánto se engañan las naciones fundándose en el egoismo y el exclusivismo, buscando su interés particular con perjuicio del género humano. Los barcos de vapor han hecho tambien imposible la envidia colonial. La venta libre del azúcar, el café y el algodón, que ya no se puede negar á las colonias, hará resaltar las ventajas del cultivo libre; en su consecuencia ya no se considerará como necesaria la esclavitud, de la que no resultaria sino mal para todos, sin que ni la bondad del corazon, ni las leyes humanas, ni la clemencia de los amos puedan jamás mejorarla.

A la política de exclusion sucederá como consecuencia, la política de asociacion fraternal, de

mútua generosidad: siendo el hombre criado para una vida de lucha, continuará combatiendo, no guerreando para someter á hombres, sino para avasallar la naturaleza, y solo cuando haya conocido totalmente la superficie de nuestro planeta, es cuando podrá esperar dar á la civilizaci6n su carácter de grandeza y de generosidad.

Pues bien. Aun queda que explorar el centro del Asia y del Africa, la China y la Nueva Holanda, adonde el reflexivo ardor que se dirige en el dia hácia aquellos paises, está impulsado por circunstancias semejantes á las que se presentaron en tiempo de Colon, y será tal vez seguido de pa-

recidos efectos. La pólvora y la imprenta acababan de descubrirse entonces, así como en el dia la máquina de vapor, el electro-magnetismo. Entonces sucumbia en España el poder musulman, así como en el dia se disuelve ó trasforma en Constantinopla; entonces renacian los estudios clásicos, y en la actualidad el estudio de las lenguas orientales; entonces nació la reforma, y se aseguraron las nacionalidades europeas. Nuestros hijos verán los que preparan los acontecimientos actuales; pero de seguro los héroes futuros no serán ni un Lutero ni un Carlos Quinto ni debemos esperarlo, Corteses y Pizarros.

NOTAS AL LIBRO XIV

(A) PÁG. 14.

VIAJE DE IBN BATUTA

Aunque las obras que nos han trasmitido los geógrafos árabes carecen del interés que nace de los relatos personales, hay sin embargo alguna digna de atencion; á lo menos por el modo de pensar y de ver acerca de unos mismos asuntos, que es muy diverso entre ellos y los europeos. Ocupan un lugar preferente los viajes del jeque Ibn Batuta, que abrazan todas las comarcas pertenecientes en particularidad á la geografia árabe, aducen ejemplos singularísimos de la gran propagacion de los árabes en el Oriente, y llevan el sello nacional, de modo que Ibn Batuta puede ser enumerado entre los viajeros más notables. Por desgracia, la única relacion que existe de sus muchas peregrinaciones no es más que el extracto de un compendio; justo parece, pues, suponer que el original, compendiado dos veces, ha perdido mucho de su mérito. En el tomo ocupan demasiado espacio notas rápidas y superficiales sobre los lugares más importantes, áridos catálogos, enumeraciones de sepulcros, y con todo, estos viajes son de grande importancia, sean mirados bajo el aspecto crítico ó de una moral general.

Abu Abd Mohammed Ibn Abd Allah el Lawati, conocido con el nombre de Ibn Batuta, dejó á Tánger, su patria, para llevar á cabo la peregrinacion, el año 725 de la hégira, 1324-5 de J. C. Como viajaba, inducido de intenciones piadosas, se muestra particularmente ansioso de descubrir los santos, vivos ó muertos que hubiese. Uno de los principales santos de Alejandría al llegar él allí, era el docto y piadoso iman Boran Oddin el-Aarag, que poseia la facultad de hacer milagros. Cuando Ibn Batuta fué un dia á su casa, el iman le dijo: «Conozco que os abrasais en deseos de visitar paises lejanos: ireis á ver á mi hermano Farid Oddin en la India, á mi hermano Rokn Oddin Ibn Zakarias en la Sindhia, y también á mi hermano Baran Oddin en la China: hacerles presente mis saludos.» Nuestro peregrino se sintió afectado por estas palabras, y determinó visitar aquellos parajes, no desistiendo hasta que vió las tres personas indicadas, y las saludó en nombre del iman.

Después de recorrer durante algun tiempo las ciudades de Delta, Ibn Batuta llegó al Cairo. Una breve digresion á propósito del Nilo, prueba sus conocimientos geográficos. «El Nilo que atraviesa este pais, excede con mucho á los demás rios por la dulzura de sus aguas, la extension y utilidad de su curso; es uno de los cinco grandes rios del mundo; los otros cuatro son, el Eufrates, el Tigris, el Siun y el Yon. Existen cinco más que pueden compararse con éstos, á saber: el Sindhia (el Indo) llamado el Penjab, ó cinco rios; el Ganges, á donde van los indios en peregrinacion, y en el cual arrojan las cenizas de los muertos cuando son quemados, diciendo que baja del paraiso; el rio Jun (ó Jumma), el Athil (el Volga) en los desiertos del Kipsiak, y el Saro en la Tartaria, á cuya orilla está la ciudad de Kant Balikn (Peking); corre desde aquel lugar á el-Kansa, y desde aquí á las ciudades de Zaitun en la China. El curso del Nilo se dirige del Mediodia al Septentrion, al revés de todos los rios.»

Desde el Cairó se adelantó Ibn Batuta al través del Egipto hasta las fronteras de la Nubia; pero los disturbios de aquel pais no le permitieron continuar hácia el Mediodia, y volvió á bajar por el